

María Seoane. *El burgués maldito*, Buenos Aires, Planeta/Espejo de la Argentina, 1998, 467 páginas.

¿Por qué un burgués puede ser maldito, no sólo para sus adversarios naturales, sino también para su propia clase? ¿Cómo puede lograr ese personaje llegar a manejar la economía en un momento explosivo?

En la historia de Gelbard se concentran las contradicciones y paradojas de la historia argentina de tres décadas. Una historia digna de un drama shakesperiano, preñada de conflictos sangrientos, valentías individuales y masivas, conductas suicidas, furias enceguedas, corrupción y traiciones.

En el libro de María Seoane se despliegan, en un relato vivo y documentado, sucesos manifiestos y entretelones de esa historia. Entretejidas con ellos, corren las andanzas de Gelbard, mezcla de burgués utópico y pícaro profesional, empresario industrial y financista de dinero negro, proyectista de una Argentina nueva y rentista enriquecido a costa del dinero público. Por algunos de sus rasgos, Gelbard reúne lo peor de la identidad del empresario nacional. Por otros, se ganó el odio de esos empresarios, que llegaron a oponerse contra él en concordancia con la derecha fascista, la izquierda armada o desarmada y los partidos que gustan denominarse democráticos. Todos, en un momento, prefirieron correr hacia el abismo, en el que muchos encontrarán la muerte, antes que cesar en su combate contra el maldito Gelbard.

José Ber Gelbard nació en Polonia en 1917 y a los 13 años recaló en Tucumán. Conoció el pensamiento socialista y comenzó a pensar en política. En 1938, Ortiz capturó el gobierno, Gelbard se casó, se trasladó a Catamarca y comenzó a construir su poder económico. Un poder construido con dinero, organización y relaciones.

Empezó de abajo, como vendedor de baratijas. Pero además de humilde era inteligente y ambicioso y no sufría el peso de los escrúpulos.

A fines de 1945, poco antes de que Perón comenzara su primer mandato, Gelbard, con 28 años, ya era presidente de la Confederación General Económica de Tucumán.

Tenía el proyecto de un país industrial, pero era un comerciante. Era un jefe empresario, pero pertenecía al Partido Comunista. Coincidió con la Unión Democrática pero muy pronto encontraría en el peronismo el instrumento para sus proyectos. En 1950 se vio por primera vez con Perón y le propuso la creación de una central empresaria independiente de la UIA y la SRA, pero también del peronismo. El General, que ya había dado muestras de su propia capacidad para estar en un punto y en su contrario al mismo tiempo, aceptó.

El Partido Comunista y el peronismo compartían algunos proyectos: hacer reformas económicas bajo el liderazgo del estado preservando la conciliación de

clases. Ambos creían que podían contar con el respaldo de una burguesía con interés en el desarrollo nacional autónomo y dispuesta a tolerar el distribucionismo estatal. Creían también que ese respaldo sería lo suficientemente fuerte como para resistir las presiones de los poderes tradicionales.

Gelbard montó una estructura institucional empresaria para ponerla al servicio propio y de ese proyecto histórico. En 1950 declaró: "queremos un progreso industrial racional y descentralizado, llevar las fábricas a las fuentes de materia prima. Proponemos una racional organización de la distribución comercial, que tome por base las zonas económicas y no geográficas, y asegurar en tal forma, un adecuado abastecimiento del país, lo que se traducirá en una elevación del nivel de vida de la población" (p.66).

Apoyaba al gobierno peronista porque lo creía útil para llevar adelante ese programa, pero paralelamente se beneficiaba con devolución de favores y el tráfico de influencias que permite la cercanía al gobierno.

El proyecto peronista de la primera etapa estalló por muchos motivos: por sus déficit de política económica que llegaron a provocar importantes protestas obreras y porque resultaba indigerible para la gran burguesía y buena parte de la clase media.

Perón trató de corregir el rumbo hacia las aguas del ajuste, el aumento de la productividad y una apertura casi salvaje al capital norteamericano, pero no alcanzó a remontar la corriente.

Ante la previsible adversidad, Gelbard trató de despegar su CGE de la política, pero también para él fue tarde. La entidad fue primero intervenida por la Libertadora y luego disuelta por Aramburu.

En el interregno, Gelbard siguió acumulando dinero y contruyendo su red empresaria y se mantuvo cerca del peronismo. A mediados de los sesenta se lo encuentra oponiéndose, con Jacobo Timerman, al gobierno de Illia y formando con Manuel Madanes una sociedad por la que pasarían los negocios blancos y negros, tan importantes unos como otros, del burgués maldito.

En 1971 la CGE apoyó el ascenso de Lanusse. En compensación Gelbard consiguió la concesión de Aluar, apoyado por la Fuerza Aérea, ganándole a sus competidores norteamericanos de la Kaiser apoyados por el general Roberto Levingston. Gelbard y sus socios presentaron el caso como un triunfo de la industria nacional ante la hegemonía imperialista. En parte fue cierto, pero estudios oficiales de ese momento y posteriores demuestran que la operación estuvo plagada de irregularidades y que se trató, una vez más, de una gigantesca prebenda del estado a un grupo privado (pp. 187 y 380).

En los años setenta el hombre de la CGE disfruta de los favores estatales, hace negocios oscuros con delincuentes financieros internacionales, cultiva la amistad de Perón y Lanusse y oficia de intermediario entre ambos.

Es uno de los artífices del regreso de Perón a la Argentina, pero en las elecciones de marzo de 1973 no vota por el peronismo sino por la APR de Alende-Sueldo. No obstante, en mayo de 1973 asume como ministro de Economía del gobierno de Cámpora.

No fue, como otros en ese primer gobierno, una estrella fugaz. Sobrevivió en

el gobierno a Cámpora y a Perón. Pero no a López Rega, que trabaj  incansable y, al final, abiertamente para voltearlo.

El ministro de Economía y el secretario privado del presidente tenían una relación singular. En Puerta de Hierro, relata María Seoane, Gelbard se había convertido en el administrador de la plata negra de Perón, Isabel y López Rega, y parece haber conservado esa función hasta el fin, lo que explica que aún después de expulsado López Rega del gobierno, ambos ex-ministros hayan seguido en algún tipo de contacto.

El programa económico de Gelbard era conservador y audaz al mismo tiempo.

Para contener la inflación apeló al instrumento maldito del congelamiento de precios y salarios. Incluía extendidas regulaciones a las operaciones de comercio interior y exterior, proyectos para aplicar impuestos a la renta potencial de la tierra y restricciones y condicionamientos a la inversión externa. Uno de sus puntos centrales era la apertura del comercio con el Este que venía a satisfacer una necesidad de diversificación comercial y estratégica de la Argentina y la necesidad personal de Gelbard de conciliar su calidad de ministro burgués con una vinculación a la Unión Soviética, a la que respondía, en última instancia, el PC local con el cual seguía vinculado.

El congelamiento de precios, las regulaciones y el populismo del programa despertaron el rechazo fervoroso de la burguesía tradicional, industrial y agropecuaria, y de EE.UU., con el cual los primeros mantienen históricamente relaciones carnales.

Junto a ellos se alinearon, con diferencias de matices, buena parte del radicalismo, el desarrollismo y otros partidos.

El congelamiento salarial provocó el resquemor primero y la oposición abierta más tarde, del sindicalismo tradicional y renovado.

A su vez, la izquierda y la guerrilla peronista y guevarista, oscilaban entre la tolerancia impaciente y la oposición abierta.

Pasado un primer corto momento de expectativa, el poder económico respondió con el desabastecimiento y la conspiración. La derecha peronista comenzó a armarse contra la izquierda y a acorralar al ministro judío.

La guerrilla demostraba su capacidad para provocar y producir, situaciones sin salidas para el pueblo que juraba defender.

Intern ndose en el infierno, Gelbard maniobraba, negociaba y cedía tratando de descomprimir las presiones. Pero también seguía adelante, convencido de sus posibilidades de triunfo.

Primero esperaba que Perón neutralizara a López Rega y a los grupos del peronismo que comenzaban a practicar el terrorismo de estado y cuyas críticas en materia económica coincidían con los intereses de los poderes más tradicionales y los de la Embajada estadounidense.

Perón defraudó a Gelbard y dej  avanzar ese mal n.

El ministro también deseaba que Perón viviera muchos años más confiando en que eso le daría tiempo a la instalación de su programa. Olvidaba que ante cada emergencia Perón se había decidido por bendecir el avance de la reacción o abandonar el terreno.

Una vez muerto Perón, Gelbard soñaba con que Isabel, con quien mantenía una buena relación, contuviera a López Rega.

También en esto se equivocó.

María Seoane presenta un relato atractivo de esos años de esperanzas, tensiones feroces y respuestas sangrientas que precedieron a los años de plomo. Están subrayados los papeles de los personajes individuales, las instituciones claves y en el caso de la oposición, las acciones guerrilleras. Pero en este cuadro apenas se siente la potente presencia de la lucha de masas, las grandes huelgas de reivindicación y rechazo y las movilizaciones estudiantiles que tuvieron un protagonismo decisivo en la modelación de las conductas políticas de gobiernos, partidos y fuerzas militares. En los años setenta, en particular, ese movimiento aterrorizaba especialmente a las clases dominantes, a los energúmenos de la derecha y a los poderes mundiales, que trataban, según el caso, de canalizarlo, convencerlo o aplastarlo.

Gelbard también le temía y se preocupaba por recordar su condición de capitalista, a quienes lo acusaban de simpatizar con él. Ciertamente no era su enemigo, pero pensaba que podía dominar esa fuerza y utilizarla en beneficio de su clase y de su proyecto.

Pero, como les había pasado a los intelectuales modernizantes del siglo pasado, el burgués maldito no tenía una burguesía que apoyara la ejecución de sus programas, que sirviera de base para lograr alguna forma de conciliación de clases y aglutinar a los sectores transformadores contra las fuerzas de la reacción. Por lo tanto, no tenía nada que ofrecer a cambio al sindicalismo y la oposición política.

El conflicto social y, en particular, la reacción de dentro y fuera del peronismo expulsó a Gelbard del gobierno.

Sus sucesores comenzaron a practicar los ajustes y desregulaciones que se profundizarán con la dictadura militar y que llegarán a su etapa madura en nuestros días. Los hechos y testimonios expuestos por Seoane nos vuelven a recordar que la bisagra de la historia no se ubica después, sino antes de marzo de 1976.

Gelbard fue al exilio, pero a un exilio de buenos hoteles, viajes frecuentes y tejido de negocios, siempre legales y dudosos. Seguía jugando y repartiendo sus fichas entre el negro y el rojo. Se entrevistaba con Fidel en Cuba en el mismo momento que negociaba con el gobierno estadounidense su radicación en el imperio del norte. Mascullaba el proyecto de un frente antidictatorial mientras programaba una oscura maniobra para comprar un banco norteamericano asociado a Graiver, utilizando dinero propio, de los montoneros y de Isabel.

El burgués maldito, concluye la atrapante historia de María Seoane, murió haciendo planes, cuando ya había muerto una época de creencias apasionadas y de expectativas de cambio que él, de un modo complejo y contradictorio, había encarnado.

Pasquale Villani. *La edad contemporánea, 1800 – 1914*, Barcelona, Editorial Ariel, 1996, 284 páginas. *La edad contemporánea, 1914 – 1945*, Barcelona, Editorial Ariel, 1997, 227 páginas.

La obra se completa con un tercer volumen que abarca el período de 1945 hasta hoy, pero que aún no ha sido traducido.

Villani ejecuta un prolijo examen de los acontecimientos más relevantes de la historia europea en relación con el mundo extraeuropeo, centrado en los aspectos políticos y económicos, sin descuidar por ello los factores sociales y culturales. Como obra de tipo general, no hay en ella aporte documental ni manejo de fuentes. Se apoya en una bibliografía que sin ser exhaustiva cumple con el propósito básico del trabajo: rastrear en fundadas explicaciones las principales transformaciones que han ocurrido en el mundo durante el lapso indicado.

Si sus tesis no son innovadoras, su interpretación se ajusta a las concepciones más modernas de la historia, o por lo menos a las más fructíferas: enfoques comparativos, perspectiva estructural combinada con la individual, interdependencia de los factores políticos, ideológicos, económicos, sociales y culturales, en estrecha vinculación con la problemática internacional. Este nexo espacial le permite presentar un relato coherente y sincrónico en el cual se puede apreciar la permanente interrelación de los sucesos aun en los escenarios más lejanos. Asimismo enfatiza la importancia de las mentalidades y de las culturas políticas, que son las que afianzan las continuidades históricas, reconociendo no obstante el alcance de las fases en que predominan las rupturas. Además, incorpora las posiciones polémicas en los temas más controvertidos y aunque no las profundiza, adopta una postura que refuerza con su explicación. No faltan mapas, datos estadísticos y excelentes gráficos.

En la introducción del primer libro –que consta además de nueve capítulos divididos en dos partes– plantea la particularidad de la periodización de la historia contemporánea, cuyo comienzo también es convencional y discutible, como en otras épocas, pero cuyo término –y ésta es su característica distintiva– se entremezcla con el presente, abierto a un futuro incierto. A pesar de su elección del 1800 como fecha inicial de su estudio, no puede sustraerse a examinar un hito ineludible, una fractura decisiva, para caracterizar los tiempos contemporáneos: la revolución industrial en Inglaterra y su posterior difusión junto a las conmociones provocadas por la revolución francesa, que analiza desde la toma del poder por Napoleón y sus múltiples repercusiones, tanto en el marco interno como internacional. De las vicisitudes de la doble revolución emerge Gran Bretaña como potencia victoriosa y dominante. Desde el punto de vista ideológico e institucional, el autor subraya sus profundas y contradictorias huellas, al reforzar por un lado los viejos moldes aristocráticos del Antiguo Régimen y por otro, dando alas a los movimientos liberales y nacionales.

Las cuatro potencias vencedoras imponen un nuevo orden territorial en Viena, basado en los principios de legitimidad y de equilibrio. A diferencia de lo ocurri-

do un siglo después con la Alemania derrotada, muy pronto es admitida en el concierto de las grandes potencias la Francia restaurada. Esta actitud le otorga al sistema una continuidad y solidez que pudo resistir los trastornos revolucionarios de 1820, 1830 y los impulsos más profundos de la agitación de 1848 en el ámbito territorial. Logró eludir el enfrentamiento entre las potencias europeas, por lo menos hasta la guerra de Crimea, aunque no consiguió impedir el arraigo progresivo de las ideas renovadoras, sostenidas por los cambios económicos y sociales que afectaron al continente en esta época.

En la segunda parte, tres capítulos están dedicados a evaluar los aspectos económicos, desde los ciclos, cortos y largos de la economía capitalista, el sistema monetario y financiero dominado por la preeminencia británica, hasta las innovaciones tecnológicas de fines de siglo que consagran a los nuevos competidores de Inglaterra. Con gran claridad expositiva revisa también las condiciones y exigencias dispares que debieron afrontar los países que accedieron tardíamente al desarrollo industrial, apoyándose para ilustrar estos temas en cifras y gráficos elocuentes. Entre 1870 y 1914 transcurre un largo período de paz entre las grandes potencias europeas, interrumpido por las pretensiones rusas en los Balcanes (aunque controladas por el Congreso de Berlín) y luego por los conflictos coloniales que involucraron a todas las grandes potencias como resultado de la expansión imperialista. Es cierto, como señala Villani, que esas hostilidades se desencadenaron en lejanos parajes ultramarinos, pero no destaca lo suficiente que esas divergencias repercutieron hondamente en el desarrollo de las relaciones intraeuropeas. No solamente incidieron en la conformación de los bloques, a los que no les concede atención, sino que apuntalaron un agresivo nacionalismo que culminaría en la guerra del '14.

En el plano interno, durante esta época se alcanza en la Europa atlántica una estabilidad política caracterizada por la extensión del régimen liberal (división de poderes, régimen de partidos con representación parlamentaria, ampliación del sufragio) y su capacidad de contener dentro del marco institucional los continuos desafíos y presiones de los nuevos grupos organizados. Pero el panorama cambia a medida que se avanza hacia el este. En Alemania se había consolidado un sistema constitucional pero de corte autoritario. El Reichstag era elegido por el voto universal masculino aunque el Parlamento de Prusia, la parte más grande, rica y poblada del Reich, se conformaba a través del sufragio restringido que aseguraba la hegemonía de nobles y grandes contribuyentes. También la constitución le reservaba un excesivo poder al rey y su canciller, responsable ante él, lo que contribuyó a fortalecer una cultura política poco participativa, acostumbrada a ceder las decisiones más importantes al pequeño círculo de la monarquía. Austria había evolucionado hacia un sistema constitucional, la monarquía dual, en 1867, con un derecho electoral censitario, en el que prevalecía sin embargo, el complejo problema de las nacionalidades sin resolver. Más al este, en el imperio ruso y pese a las reformas de Alejandro II y la constitución de 1905, la autocracia retenía todo el peso de su poder. Al explorar estos temas, Villani reflexiona en forma convin-

cente acerca de los vínculos que anudan al terrorismo y al radicalismo con la falta de libertad de expresión, de reunión, de asociación. De igual manera recalca el lazo entre una cultura política no acostumbrada a la discusión y al debate y el grado de dogmatismo en las corrientes socialistas, o sea, cuanto menos democrática es una sociedad, más dogmático y cerrado se dio el marxismo. Establece asimismo una correcta distinción entre lo que llama democracia gobernada, donde las autoridades asumen la iniciativa por encima de la voluntad popular (por ejemplo, la Alemania de Bismarck o la Francia de Napoleón III) y la democracia gobernante en la que los representantes elegidos por el voto general son los que ejercen efectivamente el poder. Y esta diferencia es crucial para catalogar un sistema democrático por encima del sufragio universal.

A la explosión imperialista, el autor le destina todo un capítulo. Esa fiebre por controlar territorios extraeuropeos invadió a los gobiernos de todas las naciones europeas —excepto Austria-Hungría— incluidos aquellos que como Rusia, o como Japón en Asia, apenas iniciaban o maduraban las transformaciones económicas y sociales que agudizaron las apetencias por encarar políticas de prestigio nacional.

En el último apartado recapitula hábilmente las principales instancias del movimiento socialista en los distintos países europeos y la expansión de internacionalismo proletario, proceso que fue parejo al avance del desarrollo industrial.

El tomo II indaga a lo largo de los seis capítulos que lo componen, los 30 años que trastornaron al mundo entre 1914 y 1945 que comenzaron con una guerra y concluyeron con otra. La mundialización de la primera estuvo estrechamente conectada con la expansión europea y con los nexos económicos y financieros que impuso la supremacía del continente en el resto del planeta. La segunda conflagración enlazada al arreglo de la anterior, también se engendra en Europa a la zaga de las dictaduras provocadoras y del colapso de la economía mundial.

Con relación a los ejes o núcleos conflictivos que desencadenaron la Gran Guerra, llama la atención que ni en el primero ni en el segundo de los libros haya profundizado este tema. Sólo menciona directamente dos de esos nudos: la rivalidad franco-alemana y la anglo-rusa, aunque luego se explaya sobre la hostilidad entre Alemania y Gran Bretaña a raíz de la política armamentista naval encarada por Guillermo II. No distingue entre los pleitos eminentemente europeos y los coloniales y cómo estos últimos se solucionaron entre 1904 (Inglaterra y Francia) y 1907 (Inglaterra y Rusia) dando origen a la Entente. Pasa inadvertida otra de las áreas polemógenas relevantes de la época: la discordia austro-rusa en torno a la Europa balcánica y la íntima conexión desde 1879 entre la doble monarquía y el Reich alemán.

Acercas de las responsabilidades de la primera guerra, atinadamente le adjudica la culpa principal a los núcleos militares y a ciertos sectores del gobierno alemán por sus ambiciones de potencia mundial. Pone de relieve la necesidad de discernir las motivaciones puntuales de la participación alemana o austríaca de aquellas más generales que compartieron todas las potencias, como la carrera arma-

mentista, la eclosión nacionalista o la debilidad de los pacifistas. Sin embargo, Villani reparte responsabilidades por igual cuando ya es conocido que de las cancillerías francesa y británica no hubo acciones directas para provocar la guerra. Tampoco las cargas rusas se recalcan. Se diluye su culpabilidad habiendo sido el primero en decretar la movilización general, decisión fatal dado el sistema de alianzas. Es cierto que todos tenían razones para intervenir en ella, pero sólo algunos tomaron la iniciativa para precipitarla.

Se detiene en explicar los entretelones de la intervención italiana al lado de la Entente – actitud que adopta al analizar todos los temas italianos, y comprensible por su nacionalidad – justificando la renuncia al tratado de 1882 basándose en las cláusulas del mismo. No obstante califica de inoportuno el ingreso al conflicto cuando la perspectiva de una pronta solución había desaparecido.

Un completo panorama de la situación norteamericana –sus vaivenes políticos, su espectacular crecimiento económico, los móviles de su intervención– contrasta con una apresurada mención de las causas de la caída de la autocracia rusa. Aunque en una esmerada exposición traza las peripecias del nuevo gobierno surgido en febrero hasta el triunfo bolchevique: la preparación del golpe, sus ideales y promesas, la toma del poder, el fin de la guerra y la vana esperanza de la revolución mundial.

La reestructuración de la paz y la atribución de la principal responsabilidad a Alemania, le obligaba a una serie de imposiciones que enturbiaron y complicaron las relaciones entre vencedores y vencidos. Por encima de estas dificultades el autor hace hincapié en las convicciones que se fueron tejiendo en torno a los mitos que sostenía cada país por parte de sectores ultranacionalistas, y que envenenaron la reconciliación que progresaba desde 1924. En Italia, el acceso al poder de Mussolini es analizado en sus raíces, desde el temor a la amenaza comunista hasta la habilidad y oportunismo del Duce que supo manejar con el apoyo nacionalista la frustración de la “victoria mutilada”. También expone la difusión del modelo fascista que se afirma en los países más atrasados de Europa, predominantemente agrarios, donde las clases medias y los ideales democráticos eran muy débiles. Sin el apoyo de organizaciones de masas y sin la aspiración totalitaria del fascismo, estos regímenes autoritarios y anticomunistas adoptaron una versión de rai-gambre más tradicional.

La sección ocupada de desentrañar el origen de la crisis mundial logra una síntesis óptima que en forma comparada registra las causas y las consecuencias que pusieron en evidencia las debilidades del sistema capitalista, que había logrado sobreponerse después del conflicto, y las contradictorias soluciones que generaron tanto en el plano económico como político. Sus repercusiones fueron singularmente graves en Alemania, por su especial dependencia de los créditos de EE.UU. Desde entonces el partido nazi se transformó en una fuerza política en ascenso. Las bases sociales, los miedos y las aspiraciones de la ideología nacional-socialista son calibrados adecuadamente así como las estrategias que consumaron el desmantelamiento de la República de Weimar y la toma del poder por Hitler.

En una convincente explicación reproduce los elementos comunes y dispares de los tres totalitarismos que pusieron en jaque al mundo. Frente al paulatino desplome del orden de Versalles, el autor destaca la impotencia de la Sociedad de Naciones y particularmente la incapacidad de las democracias europeas. Admite que dicha política estaba sostenida por una opinión pública reacia a implicarse en otra guerra para detener los proyectos agresivos fascistas; sin embargo, cree que semejante política acentuó la pérdida de credibilidad de las democracias frente al afianzamiento de las dictaduras. Si los éxitos nazis e italianos, unidos al impacto de la crisis económica, alentaron el prestigio de esta fórmula, sobre todo después de 1936, la Rusia de Stalin, con los progresos de la economía planificada, lograba atraer, además de sus simpatizantes naturales, a algunos sinceros demócratas que presumieron más peligrosas las intimidaciones del fascismo. Tanto las páginas dedicadas a la URSS como las empleadas en los EE.UU. de Roosevelt tienen una profundidad de análisis que se contraponen al reducido margen con el que estudia la realidad latinoamericana, poco trabajada, con omisiones y generalidades, en parte debidas seguramente a su posición periférica dentro de la preocupación central del libro. Sin embargo, conviene precisar y rectificar por lo menos dos de sus afirmaciones acerca de la índole del gobierno de Irigoyen—sic— al que califica de autoritario, concepto político que no puede imputársele al régimen irigoyenista y por otra parte, la interpretación de la política del general Justo como proteccionista y nacionalista continuada por Perón. Se han detectado, además, otros equívocos en ambos volúmenes, atribuibles posiblemente a una falla en las pruebas de revisión del texto, como por ejemplo decir, en el primero de ellos, internacionalismo nacionalista por internacionalismo socialista (p. 201), siglo XIX por siglo XX (p. 202), 1987 por 1887 (p. 210). O al referirse a los bolcheviques y mencheviques no aclara que si bien la traducción del primer término es la de ala mayoritaria y la del segundo, minoritaria, ésta no era la situación real, sino la inversa, en el partido socialdemócrata ruso (p. 256). En el tomo II, puede llevar a confusión sostener que era el proyecto de la gran Alemania por el que había trabajado Bismarck, cuando su obra máxima fue la consolidación de una Alemania con la exclusión de los Habsburgos (p. 103). Del mismo tenor es el desacierto de indicar que en las elecciones de septiembre de 1933 los nazis alcanzaron el 18 %; en esa fecha el poderío nacional-socialista ya se había afianzado (p. 105); que la rendición de Alemania se concretó el 2 de septiembre de 1945 (p. 123) y el armisticio con Italia en septiembre del '45 (p. 199).

De la segunda guerra se ocupa en el sexto y último capítulo. Explora sus inicios, la etapa de predominio alemán, la extensión del conflicto al África y los Balcanes, el ataque a Rusia para concretar la subordinación del área reservada, según Hitler, a la "raza superior germánica", el fracaso de la guerra relámpago y la inusitada resistencia soviética. Con la entrada de EE.UU. culmina el proceso de mundialización y se pone de manifiesto que más allá de las disponibilidades humanas y la habilidad estratégica, estaba en juego "la capacidad industrial y la organización logística". Compulsa las relaciones entre los tres grandes supeditadas hasta el final a la meta de la derrota nazi, sus decisiones y compromisos que se

formalizaron en las conferencias aliadas. De las estipulaciones de Yalta y Potsdam –donde se visualizaron las divergencias que separaban a los occidentales de los soviéticos– emergió el nuevo orden de posguerra con las secuelas de esas discrepancias profundas. Una afirmación apresurada parece indicar que la posesión de la bomba atómica les permitió a los angloamericanos establecer un equilibrio de fuerzas con los soviéticos en Europa. En realidad, las pretensiones europeas de Stalin fueron satisfechas en Crimea, y en Potsdam consiguieron su sanción definitiva. Sí fue decisiva para convencer a los soviéticos de declarar sin más dilaciones la guerra al Japón y sin duda, para terminar con la firmeza japonesa.

En cuanto a la supremacía soviética en Europa Centro-oriental Villani sostiene un argumento confuso en torno a que esa política fue esencialmente defensiva con apariencia imperialista. Aunque simultáneamente consiente que la naturaleza de la sujeción de esa zona se basó en actos de fuerza y en razones imperiales. Algunas de sus conclusiones sobre éste y otros temas pueden ser objeto de debate, pero en conjunto su análisis tiene en cuenta las diversas aristas que deben incluirse en la interpretación de un fenómeno tan complejo: la antigua tradición antirrusa de la mayoría de los países de la región, en especial Polonia –aunque no Bulgaria como afirma el autor– la fuerza del comunismo en Checoslovaquia y en Yugoslavia, donde fueron la base principal de la lucha antialemana, el oportunismo de Stalin, que reconociendo la debilidad del comunismo, accedió a la instauración de regímenes democráticos, la diferencia de fondo del significado de ese término para los aliados occidentales y los soviéticos, la contradicción entre concederle a la URSS un cinturón defensivo y al mismo tiempo sostener la autodeterminación nacional de esos países. Junto a la contraposición de ambos sistemas subyacen los proyectos hegemónicos de las dos potencias dominantes cuyas decisiones incidieron en la política interna e internacional de una Europa declinante.

Si bien está claro que no todos los enfoques del autor nos convencen plenamente– como ha quedado constatado– dentro de los términos de una obra de síntesis, el propósito de condensar y explicar desde múltiples perspectivas gran parte de la historia contemporánea se ha cumplido con amplitud. Es por ello un trabajo recomendable, una lectura clarificadora escrita en un estilo sobrio y didáctico que alcanza su aporte más valioso en el refuerzo adicional que efectúa en el estudio de los temas económicos, superando las falencias de la mayoría de las historias tradicionales.

Susana Dawbarn de Acosta

César Vidal Manzanares. *La ocasión perdida. Las revoluciones rusas de 1917. Historia y documentos*, Barcelona, Península, 1997, 254 páginas.

César Vidal Manzanares es doctor en Historia, Filosofía, Teología, licenciado en Derecho, y actualmente profesor de Historia de la UNED. Ha publicado hasta aho-

ra más de sesenta libros, algunos de los cuales han sido traducidos a varios idiomas. Por su labor en pro de las libertades y los derechos humanos, ha recibido el premio Hebraica 1996 y el reconocimiento de entidades como la ORP México y Jóvenes contra la Intolerancia en España.

Si bien la problemática que nos acerca Vidal Manzanares no es nueva —ya sabemos que existe un amplio aparato historiográfico sobre la Revolución Rusa— podemos considerar que la obra constituye un aporte desde dos puntos de vista: por una parte, porque conjuga con lo narrativo aspectos de tipo crítico-interpretativo y por otra, porque nos presenta más de cincuenta documentos que el autor ha traducido por primera vez en castellano.

En la Introducción, Vidal consigna las tesis fundamentales sobre las que se asienta el trabajo: una de ellas es que las revoluciones rusas de 1917 constituyen, hasta la fecha, el acontecimiento más relevante de la historia del siglo XX; la otra afirma que esas revoluciones cambiaron totalmente la historia universal por un período que abarcó casi ocho décadas. Ambas se sustentan en un análisis de tipo comparativo en el que se concluye que las revoluciones rusas serían para el siglo XX lo que la Revolución Francesa para el XIX. Según el autor, si bien la caída de Nicolás II y la implantación de la dictadura soviética no fueron la causa directa de los fascismos europeos o de acontecimientos como la Segunda Guerra Mundial, el Holocausto o del período denominado Guerra Fría, probablemente sin aquellos, éstos no hubieran existido.

Para el desarrollo de estos argumentos Vidal nos introduce, en la primera parte del libro, en los condicionamientos de tipo estructural del imperio zarista, en las tensiones y asimetrías existentes en la sociedad rusa, en las respuestas a las mismas que surgieron desde el poder gobernante y desde las demás fuerzas políticas y grupos de presión y en la articulación entre la problemática interna y las coyunturas de tipo internacional.

Un énfasis especial otorga el autor a las reformas que Alejandro II realiza en la segunda mitad del siglo XIX. En este punto podríamos criticar que tal vez un exceso de entusiasmo lo lleva a incurrir en ciertos errores de apreciación, como el que surge cuando afirma que “se produjo asimismo una modernización, no exenta de ribetes democráticos, del gobierno local mediante el establecimiento del *zemstvo*” (p. 18). Pensamos que más acertada es su afirmación, unos renglones más adelante, acerca de que “el sistema de *zemstvos* implicaba elecciones basadas en un principio censitario pero significó un gran avance dentro de la autocracia [...]” (p. 18). No podemos ignorar que dicho sistema fue un instrumento más en manos de la oligarquía, en el cual la participación popular, que le hubiese otorgado ese pretendido carácter democrático, estaba totalmente ausente.

Consideramos también que el autor cae en ciertas afirmaciones de tipo reduccionista-determinista y monocausal al intentar una explicación sobre los efectos que el asesinato de Alejandro II produjo en sus sucesores: “la muerte de Alejandro II en un atentado terrorista significó el final de cualquier visión reformista contemplada desde el trono de Rusia” (p. 21). Creemos que cuestiones más es-

estructurales, como la profunda tradición autocrática del zarismo explican mejor las políticas desarrolladas por Alejandro III y Nicolás II. Tradición a la que, por otra parte, tampoco escapó el zar asesinado puesto que sus reformas de ninguna manera produjeron los cambios profundos que necesitaba la sociedad rusa de esa época. Fundamentalmente, las respuestas del zarismo fueron insuficientes para enfrentar el desafío de nuevas ideas que ya se habían introducido en ciertos sectores con aspiraciones políticas, quienes observaban, además, que esas aspiraciones comenzaban a tener respuesta en Europa Occidental.

No obstante lo expresado, los restantes cuatro capítulos de esta primera parte constituyen una excelente descripción del reinado de Nicolás II en la que se incluyen no sólo consideraciones de tipo socio-político sobre las acciones desarrolladas por el zar y su aparato burocrático-estatal. Están presentes visiones analíticas sobre los efectos que esas acciones produjeron sobre los diferentes actores colectivos como proletariado y campesinado. Junto a esto Vidal nos proporciona un panorama del surgimiento e interacciones de los actores políticos que van nucleándose y perfilando líneas de respuesta ante las demandas insatisfechas de la sociedad.

Valoramos aquí también la presencia de ciertas tesis comparativas como la afirmación de que “en el filo del siglo XX, en buena medida, la autocracia rusa reproducía modelos de conducta que eran típicos de sistemas previos a las revoluciones burguesas” (p. 40). O la apreciación de ciertas regularidades históricas como el tema de la externalización conflictiva que el autor subraya en la cuestión de la guerra con el Japón: “la situación interna de Rusia se estaba caldeando de tal manera que resultaba necesaria una victoria militar en el exterior para apaciguar a las masas en torno a la bandera del patriotismo” (p. 50).

En los capítulos IV y V, Vidal se centra en la Revolución de 1905, las reformas que de ellas surgen y los avances y retrocesos que se producen como resultado de la puja entre el aparato burocrático de Nicolás II y las fuerzas opositoras. En este marco se evidencia claramente la miopía del zar y sus colaboradores para comprender la profundidad de los conflictos, al ofrecer soluciones transitorias y espacios mínimos para la actuación de grupos políticos alternativos. Igualmente se refleja en la descripción de las *dumas* el escaso margen de acuerdo y consenso, entre esos alineamientos opositores, que dificultaba enormemente la posibilidad de una salida democrática.

En la segunda parte el autor nos introduce en las implicancias derivadas del estallido de la Primera Guerra Mundial y en los movimientos revolucionarios de febrero y octubre de 1917. Comienzan a tomar protagonismo personajes como Lenin y Trotsky, a quienes el autor desenmascara sin temor, dejando en evidencia la prioridad fundamental que guiaba sus acciones: la toma del poder sin importar los costos.

También nos interesa destacar algunas afirmaciones realizadas en el capítulo VIII, titulado por Vidal “El país más libre del mundo”. Nuevamente el autor parece caer en cierta vehemencia al analizar la etapa correspondiente al gobierno pro-

visional, lo que se refleja en la frase con la que encabeza el capítulo: "La Revolución de febrero constituyó un acontecimiento prácticamente sin paralelo histórico" (p. 101). Lo que justifica dicha afirmación se apoya en el relato de la desaparición, casi sin combates, de la autocracia gobernante y de la promulgación de una serie de medidas, por parte del gobierno provisional "que superaban las libertades existentes en otros países de más dilatada experiencia democratizadora" (p. 101). No puede escapar al historiador acostumbrado a ver a su objeto de estudio como un proceso, el que en general ese proceso se desarrolla más bien como una serie de regularidades que conjugan cierto paralelismo y no como acontecimientos únicos e irrepetibles en un desenvolvimiento lineal. Creemos que todos los condicionamientos de la historia rusa hacían más factible que la revolución desembocara en un gobierno de tipo totalitario y no que evolucionara pacíficamente por la vía democrática. Por una parte, no existía en la memoria histórica colectiva ninguna experiencia al respecto. Por otra, las nuevas fuerzas políticas que se disputaban el gobierno, tenían un escaso espacio común de negociación y mucho peso en los extremos como para lograr soluciones consensuadas. Más aún, desde un punto de vista comparativo, sabemos cuanta sangre corrió y cuantos años pasaron para que Francia viera coronados por un éxito duradero aquellos objetivos con los que inició su propia revolución.

La tercera parte del libro contiene un relato prolijo y pormenorizado el gobierno de Kerenski, a través del cual podemos observar las dificultades de éste para articular respuestas ante la oposición generalizada, las posiciones encontradas y la efectividad con que se realizó el golpe bolchevique. El autor nos ilustra además sobre la etapa del terror, la guerra civil y el triunfo de la dictadura.

El apéndice documental constituye un aporte interesante al acercarnos escritos que de alguna manera nos sumergen en la visión de los acontecimientos por parte de los protagonistas, pero no contienen aspectos tan relevantes como para producir transformaciones de peso con respecto a la historiografía ya existente.

Por último, nos interesa detenernos en algunas consideraciones generales a modo de evaluación global de la obra. Algunas de ellas se refieren al capítulo introductorio, en el que hubiésemos deseado una postura más serena por parte del autor con respecto a ciertas afirmaciones. Es probable que las revoluciones rusas de 1917 hayan sido "uno" de los acontecimientos más relevantes del siglo XX, pero seguramente no el único. De igual modo no vemos tan claro que, sin ellas, no hubiesen existido los fascismos ni la Segunda Guerra Mundial. Pareciera más acertado afirmar que las democracias de Europa Occidental hubiesen tolerado menos, o por un lapso más corto, los avances de esos regímenes a los que veían como un freno ante los desafíos emanados del mundo soviético.

De igual modo, extrañamos también mayor serenidad en cuanto a los postulados del autor acerca de que estamos por primera vez ante un "cuadro de la Revolución Rusa que no esté contaminado ni por posicionamientos ideológicos interesados ni por la ausencia de documentación" (p. 10). O como afirma unas líneas más adelante "que esta historia de la Revolución Rusa [...] sea un espejo que refle-

je sólo la verdad histórica [...]” (p. 10). Creemos que ya existía, antes de la aparición de este trabajo, una historiografía importante sobre la Revolución Rusa que no estaba sujeta a esas “contaminaciones” y también sabemos que quienes adscribimos a un método científico para hacer historia, pretendemos de alguna manera reflejar un aspecto de la verdad, sin por ello caer en utopías como la de la existencia de una única verdad.

Con respecto a las conclusiones a que arriba el autor, pensamos como él, que la Revolución Rusa de ninguna manera estuvo “determinada por las leyes históricas [...]” (p. 165). Pero sí que estuvo condicionada por ciertas regularidades, como ya lo hemos señalado. Probablemente esas regularidades fueron las que sí permitieron que algunos historiadores pudieran prever con mucha antelación la posibilidad del derrumbe de la URSS, y aquí también diferimos con la afirmación en contrario de Vidal (p. 167). Tampoco estamos de acuerdo en que la Revolución fue “pacífica e incruenta” (p. 167), posiblemente en sus comienzos existió una voluntad por parte de algunos actores, de realizarla en forma pacífica, pero el proceso revolucionario no se agotó en febrero y era previsible que a esa primera instancia pseudo-democrática, le siguieran el terror y la dictadura, tal como ha ocurrido con otros procesos revolucionarios.

No obstante estas críticas, indudablemente estamos ante un trabajo valioso tanto para aquellos que se introducen por primera vez en la temática y pueden acceder a ella a través de este libro ameno y de fácil lectura, como para quienes venimos trabajando en la problemática de la historia rusa y que nos mueve a replanteos, nos refresca conocimientos y nos inspira nuevos análisis.

María Carolina Ferraris

José Flávio Sombra Saraiva (comp.) - *Relações Internacionais Contemporâneas. Da construção do mundo liberal à globalização, de 1815 a nossos dias*, Brasilia, Paralelo 15, 1997, 397 páginas.

Esta colección de nueve ensayos, escritos por cuatro especialistas calificados de la Universidad de Brasilia, cubre casi dos siglos de historia universal, desde el Congreso de Viena hasta los umbrales del siglo XXI. Redactados en forma accesible y coherente —no muestran, como los de tantas obras colectivas, diferencias de calidad o de enfoque que alteran la cohesión del conjunto—, presentan un cuadro sumamente completo y complejo de la historia de la humanidad en estos 180 años. Es de destacar que los autores consiguen escapar de manera notable al doble peligro de una visión euro o “occidentalocéntrica” y de una postura dogmáticamente “tercermundista”, combinando lo universalista de diversos enfoques originarios del mundo industrializado, europeo en particular, con una reflexión original desde su puesto de observación en Brasil. Cada época es analizada con énfasis lógico, y obviamente decreciente, en la historia europea, pero trata también, de ma-

nera muy equilibrada y competente, los países y regiones periféricas, no sólo las potencias ascendentes Estados Unidos, Unión Soviética y Japón, sino también las vastas regiones de lo que solía llamarse, o todavía se denomina, Tercer Mundo en sus tres componentes, América Latina, África y Asia. Refleja, así, una visión universalista que en esta forma sería difícil de encontrar fuera de Brasil. No sólo por esta razón, sino igualmente por la calidad del análisis, el estilo a la vez científico y comprensible, y el acervo impresionante de datos históricos y estructurales que contiene, este libro puede servir con gran utilidad a un público amplio interesado en el tema, en Brasil y en cualquier otro país, sin caer por eso, salvo excepcionalmente, en simplificaciones susceptibles de ser criticadas por lectores atentos más especializados.

El primer capítulo, a cargo del compilador José Flávio Sombra Saraiva, presenta un panorama interesante del pensamiento sobre relaciones internacionales, enfatizando en particular la importancia de la escuela francesa de Renouvin y Duroselle. Destaca también las iniciativas latinoamericanas en este campo vasto y relativamente nuevo, en particular en Brasil y Argentina, donde menciona las instituciones especializadas de Buenos Aires, Córdoba, Rosario y Tandil, así como publicaciones y debates recientes sobre el tema. Comete aquí una injusticia sin duda poco apreciada por el interesado al confundir, por lo visto, a Roberto Russell con Carlos Escudé, atribuyendo al primero la postura de "defender la asociación de la política exterior argentina a los designios de los intereses norteamericanos en el mundo" (p. 49). Russell, uno de los mejores especialistas argentinos de temas internacionales, no comparte por supuesto tal opinión, como tampoco la comparten la gran mayoría de sus colegas, sean cuales fueren algunos argumentos válidos de Escudé, acusado con buena razón, éste sí, de "confundir los medios con los fines".

El segundo capítulo, de Amado Luiz Cervo, analiza la "construcción del mundo liberal" en las décadas posteriores a las guerras napoleónicas. Distingue útilmente entre dos fases: "En la primera, las potencias capitalistas europeas impusieron el libre comercio hacia fuera, en una ola que empezó con el tratado anglo-brasileño de 1810, para la América Latina de la época de la independencia, pasando por el tratado anglo-otomano de 1838, hasta la apertura de China en los años 1840 y del Japón en los años 1850. En una segunda fase, los países industrializados, con excepción de Estados Unidos, introdujeron el libre comercio hacia adentro, desde la abolición de las tarifas proteccionistas inglesas de 1842, pasando por el tratado anglo-francés de 1860, para extenderse luego a los otros países centrales. Hacia 1860, la construcción del mundo liberal estaba concluida y se había terminado la fase mercantilista primitiva de la economía capitalista" (p. 87).

El análisis destaca que para esta época, si bien una "red de interdependencias ligaba el centro a la periferia", no se encontraba todavía ésta "sujeta a cualquier fatalidad determinista" (p. 95), afirmación tal vez merecedora de mayores precisiones. Describe luego diferentes casos nacionales de respuesta a la presión unificadora de la constitución de una economía mundial más integrada, con resul-

tados muy diversos: Estados Unidos, Brasil, Argentina, Egipto y Japón. Menciona, para esta época, una respuesta brasileña al "expansionismo argentino" y a la "agresión paraguaya" (p. 99). Sería recomendable, en este contexto, revisar en una perspectiva algo más mercosureña tales interpretaciones: sin llegar a un "revisionismo" excesivo, reivindicador acrítico de los López paraguayos, ¿no habría que mencionar aquí el papel de la gran potencia dominante de la época, la contradicción entre modelos extravertidos y autocentrados e incluso algunos puntos comunes entre su política y la que, pocos años después, iba a dar tan espectaculares resultados en las antípodas, el Japón de la época Meiji? Llama tanto más la atención la ausencia de este planteamiento puesto que el autor, en sus pasajes inmediatamente anteriores, detalla precisamente las reticencias brasileñas ante el orden liberal inglés y el "freno al proyecto industrialista" brasileño a partir de los años 1860. Preguntas necesarias no solamente ante la persistencia del nacionalismo paraguayo que representa el general Oviedo con su popularidad aparentemente bastante elevada, sino también para llegar a conclusiones válidas para todos sobre este episodio tan doloroso de la historia sudamericana ...

El capítulo 3, de Wolfgang Döpcke, estudia con competencia y juicio equilibrado el "apogeo y colapso del sistema internacional europeo" entre 1871 y 1918. Especialista alemán de historia africana e igualmente profesor de la Universidad de Brasilia, el autor trata en detalle el reparto del continente negro durante el último cuarto del siglo XIX, reflexiona sobre el fenómeno del nacionalismo y el desarrollo desigual de las grandes potencias de la época. Cierra su ensayo con una discusión interesante sobre la controvertida culpabilidad alemana en el estallido de la Primera Guerra Mundial, concluyendo sobre una responsabilidad particular de este país dentro de un complejo engranaje internacional que conducía casi inevitablemente al conflicto (pp. 157-160), a pesar de las relaciones económicas cada vez más estrechas por ejemplo entre Alemania y Francia (p. 118). Entre las páginas 128 y 142 hay varios pequeños errores debidos a una edición aquí poco cuidadosa: "Bismarck, en los años 1970", Francia en "África Oriental" (en vez de Occidental), conflictos anglo-rusos en "el sudeste" de Asia (en vez de sudoeste) etcétera.

Entre otras reflexiones, encontramos una sumamente útil sobre la transformación del significado del nacionalismo durante el siglo pasado: "En la primera mitad del siglo XIX, el nacionalismo se asociaba con la autodeterminación democrática de los pueblos y de los individuos, así como con la lucha contra el dominio aristocrático. A partir de la década de 1880, la derecha política reivindicó el monopolio del patriotismo expurgado de ideales democráticos. Como fenómeno de masas, tal nacionalismo derechista caracterizó especialmente a estados —como Alemania— en los cuales la realización de la unidad nacional, la modernización industrial y el paso hacia una sociedad de masas y el mercado ocurrieron en un lapso muy corto." (p. 107). He aquí un hecho esencial para entender lo que siguió, en particular la marcha hacia la Primera Guerra Mundial, explicada con gran competencia y claridad en la continuación del ensayo.

El capítulo 4, de A. L. Cervo, analiza la "inestabilidad internacional" de 1919 a

1939. Critica duramente, en la línea de Keynes, la miopía del Tratado de Versalles que, juntamente con la pérdida de peso de las viejas potencias europeas y las crisis del sistema económico, originaron el segundo gran conflicto. “A pesar de corresponder a la primera tentativa de reglamentación de una sociedad global”, enfatiza, “el orden de Versalles –a diferencia de lo que había ocurrido con los foros internacionales anteriores– era incoherente, defectuoso y poco realista” (p. 169). Hubo numerosos conflictos de frontera en este (des)orden, como recuerda, aunque en la misma página en lugar de “entre Checoslovaquia y Rumania” el autor quería sin duda decir “entre Hungría y Rumania”. Encontramos en estas 42 páginas un análisis sumamente lúcido, con abundantes datos de este período crucial de la historia europea.

J. F. S. Saraiva sigue con similar acierto, en el capítulo siguiente, con la descripción de la “agonía europea y la gestación de un nuevo orden internacional” en el período 1939-1947. Estos dos últimos ensayos contienen numerosos datos y reflexiones pertinentes sobre esas décadas particularmente tensas y dolorosas de la historia europea e internacional. También de Saraiva son los capítulos 6 y 7, cuyos títulos, como los otros, resumen bien la temática: “Dos gigantes y un condominio: de la Guerra Fría a la Coexistencia Pacífica (1947-1968)” y “Détente, diversidad, intranquilidad e ilusiones igualitaristas (1969-1979)”.

El capítulo 8, el único del universitario y también diplomático Paulo Roberto de Almeida, trata de “Los años 1980: de la Guerra Fría al fin de la bipolaridad”, aquellos diez años que, como sintetiza parafraseando el título de un libro famoso, “estremecieron al mundo” al acabar con el orden bipolar de la segunda posguerra y terminando así a la vez con el socialismo real y el “corto siglo XX” descrito por Hobsbawm...

Hay también una mención específica sobre los procesos de integración latinoamericana en el capítulo de Almeida: “Los procesos de integración económica subregional en curso –en primer lugar el Mercosur– contribuyeron en mucho para reforzar la estabilidad democrática en el continente, para aumentar la interdependencia recíproca de sus economías y para realzar la capacidad negociadora de América Latina en el escenario mundial.” (p. 348). Aunque esto parece aplicarse más a la década siguiente, los fundamentos están, efectivamente, en la de los ochenta. No se ocultan diplomáticamente, por otro lado, ciertos males notorios de la región como “la alta tasa de desigualdad en la distribución del ingreso, los bajos niveles de educación formal y la carencia generalizada de valores de ciudadanía.” (p. 347). Podríamos haber esperado aquí, de este especialista del tema, una breve reflexión sobre la viabilidad del Mercosur o sus dudas entre “el Consenso de Washington y el desarrollo sustentable”, como lo expresa con acierto Aldo Ferrer. En la página 333, por otra parte, hay un pequeño error sin duda debido a la edición: China por supuesto está más cerca del Grupo de los 77 y no del G-7.

Es difícil sintetizar la profundidad de estas y otras reflexiones y aún más de mencionar algunos puntos que merecerían agregarse a los excelentes análisis que contienen estos capítulos. Así, el cap. 6 podía recordar aquel Tratado entre los

aliados occidentales y la URSS sobre el estado austriaco (1955) como uno de los puntos de partida de la *détente* y como único caso de retirada soviética de Europa central en el período estudiado: en éste y en el siguiente capítulo, América Latina registra ausencias notables; no sólo Cuba, apenas mencionada indirectamente, sino también Chile con su triple papel paradigmático (Frei, Allende y Pinochet) y el Pacto Andino como una iniciativa interesante con vistas a aumentar la autonomía colectiva de sus integrantes, también en la perspectiva que acaba de mencionarse y bien en la línea del entonces buscado “nuevo orden económico internacional” más favorable al mundo periférico. Pero es verdad que sólo son dedicadas, en total, cuatro páginas a la región en ambos capítulos, y estas ausencias son más que compensadas por los subcapítulos dedicados al despertar poscolonial de África y Asia, tema obviamente mucho menos conocido en este hemisferio y muy bien sintetizado por el historiador brasileño. En unas pocas frases resume, por ejemplo, las diversas teorías corrientes sobre la descolonización –debilidad económica de las metrópolis, Guerra Fría y fuerza de los nacionalismos– para concluir, que,

“aisladamente, no explican la amplitud de las transformaciones emprendidas en África y Asia a partir del fin de los años 1950 [en realidad, debía decir ...] de los años 1940, pensando en Asia, V.S.J. Pero, tomadas en conjunto, vinculadas en forma equilibrada y observadas las especificidades de cada caso, región y continente, estas corrientes ofrecen elementos ricos para la comprensión de la diversidad de los patrones de transición del colonialismo a las independencias, de las razones de las rupturas limitadas en algunos casos y de los motivos que llevaron a que algunas transiciones fueran más violentas que otras.” (p. 267)

El noveno y último capítulo, nuevamente a cargo de A. L. Cervo, da una excelente vista panorámica sobre “el fin del siglo XX” y “las dificultades para la construcción de un orden global”. Insiste por ejemplo, con mucha razón, en un punto central:

“Elementos o factores globalizantes no disminuyeron el papel del estado-nación, como parecía al inicio de los años 90. Sus funciones se modificaron, es verdad, pero permanece como sujeto fundamental del sistema internacional, readquiriendo importancia redoblada en razón de la anarquía que perdura, del neomercantilismo y del neocolbertismo tecnológico, de la creación de bloques regionales, en razón también del peso acrecentado de la cultura y de la religión en la política internacional en relación con el peso tradicional de la fuerza militar.” (p. 360).

Este “neocolbertismo” –fórmula muy acertada– merecerá sin duda reflexiones en profundidad en años venideros ...

Hacia el fin del capítulo y del libro se afirma lo siguiente: “Ninguna unidad existe en el Tercer Mundo en los años 90” (p. 371). Tal vez esta formulación sea algo excesiva, como nos vienen a recordar oportunamente las crisis no sólo bursátiles de Asia a fines de 1997, estalladas pocas semanas después de la publicación del li-

bro, ya que a los integrantes de este mundo periférico les unen vínculos, en el fondo todavía más semejantes de lo que se podía pensar, de dependencia con la "tríada", actora privilegiada de la globalización (que más precisamente sería una triadización, como recuerda el Grupo de Lisboa, autor colectivo de otro libro reciente importante). Hay en este contexto una breve síntesis, en varios puntos no muy convincente, de este "Tercer Mundo", que sorprende ante la elevada calidad del resto del texto: "América Latina aún mantiene, en ciertas partes, los desequilibrios sociales", leemos y no podemos sino preguntarnos, ¿en qué partes no los mantiene, y dónde, fuera probablemente de Uruguay y de Chile, no se van agravando incluso en años recientes, como parecen haberlo comprendido ya hasta personalidades como Michel Camdessus? Que la inestabilidad política y la inflación sean de veras definitivamente superadas, esperémoslo con el autor, aunque precisamente la crisis mencionada agudizó aquí algunas dudas persistentes, en particular en Brasil. Y si tales logros han ampliado la participación de la región en el comercio internacional (p. 370), por ahora esto es mucho más cierto por el lado de las importaciones que de las exportaciones, lo que genera abultados déficit exteriores, razón principal precisamente de los recurrentes accesos de desconfianza del capital mundial. Otros reparos: los NPIs asiáticos no ostentan apenas "desde 1976" un crecimiento elevado (con algunos puntos débiles que convenía mencionar en este contexto, como el deterioro desastroso del medio ambiente), sino de hecho desde los años sesenta, y si Tailandia y sobre todo Filipinas "están en el camino" queda por verse; por otro lado, los países exportadores de petróleo cayeron en una aguda crisis mucho antes de los años noventa: al menos desde 1986, cuando se desplomó el precio del oro negro, si no antes, como lo ilustra México como detonador de la crisis de la deuda en 1982 ... (pp. 370-371).

No es voluntad de polémica insistir en estas pequeñas ausencias e imprecisiones en un trabajo por demás excelente y "utilísimo", como lo destaca justificadamente el embajador Alberto da Costa e Silva en la contratapa. Es difícil mencionar todos los elementos importantes que han determinado la historia de la humanidad desde 1815, y los autores se han mostrado plenamente a la altura del desafío. Quedan, inevitablemente, algunos puntos sujetos a controversia o dejados de lado en estas menos de 400 páginas llenas de informaciones serias, datos importantes y reflexiones en profundidad. Pero éstos no les quitan en absoluto su mérito y hay que felicitar a los autores por su trabajo y recomendarlo para un público amplio como también, por supuesto, para los especialistas del tema. Es también un texto sumamente estimulante para los colegas argentinos para profundizar, como vienen haciendo desde hace varios años, la reflexión crítica y fundamentada sobre las raíces históricas y estructurales del orden mundial emergente, que sólo puede ser entendido y analizado sobre la base de tales trabajos serios, sin anteojeras ideológicas, también "desde el Sur"...

